

ESQUEMA DE CARACTER: ROBERTO AGRAMONTE.

Por L. Gonzalez del Campo

D.M. Sep 12/948.

LO que yo acabo de ver no me luce que sea un hombre corriente, por lo menos, a tenor con la noción integral que del mismo se tiene. Lo que yo he visto parece más bien un trozo de determinada filosofía hecho humanidad o una versión criolla y funcional del hombre representativo y es, sin duda, la naturaleza más falta de balance que se ha ofrecido a mi observación. A primera vista, el físico es totalidad opulenta; pero al entrar en detalles se observa por lo menos una frontera precisa. La cabeza es remedo de un globo terráqueo, cuyas zonas polares de extraña contigüidad, se ubicaran en los puntos oscuros de dos ojos grandes, que la concentración mental, no la coquetería masculina, hace que a veces se entornen, como la máxima expresividad hace que se abran y se muevan un tanto inquietos. Lo demás es naturaleza animal, en que, la despreocupación de un sujeto de vida necesariamente sedentaria ha dado magnitud rebosante a un físico en que imperan las adiposidades. La valencia del hombre, la complejidad, la presencia inteligente, se encuentran y mensuran del cuello hacia arriba; hacia abajo reside lo vulgar, lo intrascendente, lo elemental, acaso lo emotivo que para esta naturaleza debe tener valoración inferior. Roberto Agramonte es hombre de una sola dimensión superior, dominante e inasible, y en cuya estructuración personal ni ha contado la armonía como tónica, ni lo humano ha logrado balanteada e integral contribución. Ni en la composición física, ni en la cualidad mental, ni en la esencia moral, se descubren esos factores complementarios o compensativos que revelen en cuantía sustancial, más allá de la simple y atenuada presencia indispensable a la formal sustancia del ser, la existencia de un acervo pasional análogo al del promedio humano. Su pensamiento tiene la nitidez y pureza de lo que es aséptico a toda influencia extraña; en sus relaciones sociales, la vida afectiva parece alimentada en función de la categoría intelectual o moral que nos confiere, exenta de toda trama emotiva; aún sus manifestaciones de gratitud, no son el desbordarse del yo sensible, son el reconocimiento de una deuda contraída en función de los altos e imperiosos principios éticos a que él se considera obligado.

Al auscultar psíquicamente a este hombre no podemos evadir el establecer cierto paralelismo que nos parece descubrir entre su temperamento y orientación inteligente, con las ideas y concepciones de Nietzsche, consciente o inconscientemente calibradas. Cuando se piensa que Nietzsche combatió el romanticismo y el arte y vió en la religión y en la filosofía ilusiones, ya que, en el bien, en la verdad y en la belleza, sólo apreció medios de realización de la obra humana y de la voluntad de poder, que sirven al progreso del individuo y le permiten establecer su tipo por la victoria sobre los otros, nos parece descubrir en la manifestación global de la personalidad de Agramonte, si no identificación total, por lo menos trasunto de tales ideales y concepciones. Sin embargo, es posible que estuviéramos vislumbrando una falta perspectiva, porque precisa nuestra honesta confesión de que el sujeto, difícil de ver de por sí, se cerró a nuestra penetración como sólo sabe y puede hacerlo quien, experto en este campo, nos priva ex profeso del aporte de su exteriorización ingenua o, como quien con toda premeditación está haciendo objeto de un test la agudeza del observador.

En lo que sí no hay duda es en que Agramonte es personificación cabal de **hombre teórico**, porque a más de empeñado en conocer la realidad y el ser y estar impulsado por la objetividad, fija en el conocimiento su relación predominante con el mundo externo y sigue la actitud fundamental de su espíritu, que predomina en sumo grado sobre la actitud estética. Es posible, además, que parte de su cultura social y política no se exprese en funcionalidad y forma

concreta, sino como modalidad informativa y formativa de su pensamiento. Siendo el sujeto observado, como es, profundamente intelectualista, se convierte, de hecho, en un adepto a los valores de la persona humana, que mantiene como premisa insoslayable de los valores sociales orientados, por lo menos como nosotros la entendemos, y se deriva también una aristocracia del saber y acaso de poderío, huérfana del magnetismo que podría orientarla hacia los rumbos concretos. A tales entidades, completa Eduardo Spranger, les domina, además, "aversión ha-

cia el misticismo y contra lo puramente sentimental, contra todo lo no asible en categorías lógicas estrictas, porque para ellos el conocimiento supera a Dios o a Dios conduce, lo que hace característico de sus tendencias religiosas la metafísica racional"

Corroborando lo anterior, digamos que es Agramonte sujeto de tan específica intraversión—o vida interior—y consecuente mentalidad lógica, que luce que lo emotivo y sensible tienen en él singular declinación que, parece estar impregnada del aporte de un yo de tan marcada **intencionalidad**, como para referir el total de sus procesos afectivos a sus causales. Pero también parece capaz de **transferirlos**, con lo que atribuye a la causa que realmente los engendra, identificación con otros hechos psíquicos, que equivale a dar a los últimos, rango de factores de sentimientos que normalmente son incapaces de producir. De todos modos y por una u otra ruta, la atonía emocional del hombre es fácil de constatar, digamos, en sus presentaciones oratorias, en las conferencias de divulgación y de clases del profesor. En la oratoria, cualquiera que ella sea—requerimientos específicos a un lado—la tonalidad de la palabra es reflejo fiel de la temperatura afectiva del orador, y ésta, a su vez, es reflejo de los sentimientos, traducción viviente de sus propios estados anímicos, mediante los cuales se despiertan en el auditorio, por vía no intelectual, resonancias afectivas que hacen vibrar al oyente que identifica los matices audibles con el fruto del alma que siente con hondura lo que expresa. De donde elocuencia y gama tonal, más que el grado de razón de que el pensamiento expresado esté imbuido, son los factores determinantes de la identificación del que habla, con el auditorio. Tiene tanta importancia el tono verbal en la vida moderna—así lo expresamos en uno de nuestros libros—que las empresas radiales imprimen discos de sus propagandas para tener la certeza de que siempre llega al pú-

blico el mensaje con las mismas palabras y con la misma resonancia pasional. Y a la inversa, el disco impreso sobre un discurso dicho con vehemencia emocionante, por el solo aumento o disminución de la velocidad conveniente a su esencia tonal, pierde toda la eficacia psíquica y hasta llega a convertirse en ridículo cotarro. Observe el lector que el doctor Agramonte—que sin duda siempre siente y cree lo que expresa—tiene una tonalidad oratoria de uniformidad monótona, tan acusadora de escasa sensibilidad y pasión, que por ello tan solo, sus parla-

mentos cobran tipicidad de texto científico que se abre, de frío y masivo pensar en alta voz, no de humanidad que siente y expone, que contiene y vuelca. Y este solo hecho que nos da la mensura emotiva del hombre, nos dice de paso, una serie de características temperamentales que yo no sé si a su propia conciencia habrán arribado ya. No puede ser el doctor Agramonte el profesor de brillante y cautivadora exposición, sino el profundo conocedor de su ciencia que enseñará amparado por su cultura pedagógica; no será el doctor Agramonte líder de masas ni hombre de pueblo—a pesar de que la felicidad del pueblo sea su más alto ideal—ni político que aglutine mayorías en torno de su persona, porque carece de la capacidad para despertar emoción arrobadora, que es forma de magnetismo que vincula y conduce; no es el doctor Agramonte persona capaz de crear, en el intercambio amistoso, ni la simpatía que se desborda a virtud de sus modos expresivos ni la que- rencia que fragua de la identificación de sentimientos. De él hay que ser amigo en función de lo que vale objetivamente, de su integridad moral y de su vida ejemplar. Si su sentido moral y su temperamento le hubieran permitido ser dado al donjuanismo, todavía habría algo que se opondría dentro de él a semejante logro: su falta de expresividad emotiva, de tal modo, que yo aseguraría que mujer que le haya amado ha tenido que haberle tratado con antelación e intensidad bastantes para descubrir por sí, la recóndita riqueza de sus fuentes espirituales y las posibilidades de acople que el hombre silencia. No será él nunca, por último, hombre de acción ni temperamento de corte latino, será siempre hombre de razón y meditando con toda la apariencia de ejemplar importado de clima frío.

La escasa sensibilidad no intelectual que este hombre aparenta alentar, aflora y se irradia, con recatada sutileza, dentro de las cuatro paredes de su hogar, en convi-

vencia espiritual con la esposa y los hijos, quienes al leernos pensarán que falla el analista, porque ni esposo más dulce ni padre más tierno, impotentes ellos de percartarse, por tales razones, de que lo que disfrutan es balance total, contenido absoluto del ánfora de sus sentimientos, que para todos los demás está agotada. El resto de lo que él alienta es un tipo de sensibilidad intencionalizada y transferida hacia derroteros de pensamiento, de investigación, de captación, que en la larga búsqueda y minuciosidad inteligente, le permite disfrutar "las emociones" del cazador que descubre una huella insospechada de la psiquis de Vare-



TRIMONIO  
DOCUMENTAL

la; rastrea un detalle volitivo de la inteligencia de Don Pepe; pesquiza la magnitud artística del pensamiento de Varona y cosas por el estilo, como las abstrusas obras de Max Weber, Scheller, Dilthey, Husserl o Santayana. Y todo ello explica que sea el pensar y el conocer, el investigar solitario y autónomo, su más absorbente y placentera dedicación; que sea el moverse en el laberinto de las disyuntivas filosóficas e intelectivas el estado normal para un organismo psíquico, cuyo estómago es un cerebro complejo y de gran peso, no hecho a todos los manjares que por ahí se encuentran, porque su típico alimento es el paciente rumiarse pensamientos complicados; el sereno analizar de ideas profundas.

Cuando al comienzo de este trabajo expresábamos no estar en presencia del hombre corriente, estábamos lejos de la metáfora porque hacíamos rotunda confesión de nuestra reacción consciente. Pero ahora vamos a sustanciar el criterio amparándolo en el juicio de que, si ciertamente desde nuestro moderno punto de vista pedagógico, el niño y el adolescente sin individualidades independientes del adulto en que ambos culminan, no es menos cierto que no puede existir adultez con plenitud integral donde no hayan existido infancia y adolescencia de igual categoría. La infancia del hombre—asi tenemos que llamarla—careció de los altibajos y escapadas que dan contenido y color a esa etapa de desarrollo físico-emocional, ausente de razón, en que lo pasional relampagueante y veleidoso va nutriendo la alforja de la sensibilidad, dejando en la sangre su fuego y en el espíritu sus vehemencias. Verdad es que procedía de un tronco de hombres de cultura, pero no puede ser el fruto exclusivo de lo ambiental. Más aún, yo me atravesaría a asegurar—sin haberlo constatado con él—que alguna que otra vez los restantes hermanos deben haberle acusado de poco "apegado", de no ser "expresivo"; como aseguraría que alguna vez padre o madre le han calificado de demasiado "serio", en función de una flexibilidad singularizadora, demasiado temprana y demasiado adusta para ser normal y ser infantil. El niño nunca hizo maldades, nunca recibió castigo o reprimenda, jamás tuvo discusiones o riñas con vecinos, nunca supo lo que fue jugar a las bolas ni "hacer una ranfla moñuda", ni de escaparse de la escuela, ni de dar una mala

contestación a la maestra, ni de trepar árboles o empinar papalotes, ni del emocionante jugar a "guardas y bandidos", ni mucho menos del reunirse en el corrillo en que se comenta la palabra gruesa escuchada al paso o en que se ensaya, entre accesos de risa y de tos, hacer con un cigarrillo lo que se ha visto hacer a los hombres. Aquella infancia sólo compensó jugando de cuando en cuando al ajedrez con el padre, lo que constituye otra prematura reafirmación de madurez.

La adolescencia no fué mucho más plena. No parece haber tenido los impulsos del espíritu aventurero que activa o imaginativamente tanta energía juvenil consumen; tampoco hubo la inquieta desazón de la etapa de tanteos e insinuaciones que la vida es entonces, en que parece que el espíritu mide sus fuerzas y averigua sus recursos, lo que se traduce en el probar y atisbar, en el ensayar

y en el asomarnos a todas las puertas para hacer el formidable escrutinio de nuestra cualificación de experiencias, apetitos y renuencias, que alimentarán toda la vida posterior. Tampoco hubo el desconcertante despertar de ciertos impulsos instintivos, casi siempre conducentes a ciegos dislates, obsesionantes averiguaciones, actos de causalidad y sentido difuso con que la mente joven trata de resolver los grandes problemas que tales hechos plantean, careciendo de la reflexiva y precisa noción del camino a seguir para ello. Aún le fué ausente el donjuanismo tan típico de la adolescencia superior, cuando ya más definida la personalidad de este orden, sentimos el orgullo de poseerla y de mostrarla y sentimos el placer de que los otros hagan lenguas de su existencia y vigor, en función de los romances diversos que vamos tejiendo y en función del melodramatismo impresionante con que vestimos a cada uno de ellos. Allí sólo hubo libros y estudios, continuados esfuerzos mentales con las contadas escapadas hacia el tablero de ajedrez, hacia la playa próxima o hacia la sala de esgrima. Demasario serio, lector, para ser amable; demasiado adusto para ser juvenil; demasiado reflexivo para ser adolescente; demasiado frío para ser plenamente humano.

Y fué de tal magnitud el esfuerzo mental y la capacidad receptiva del cerebro, que a los veintiún años de edad se había estudiado Derecho y Filosofía, y a los veintidós se había obtenido el nombramiento de Auxiliar de una cátedra tan compleja como Psicología,



Sociología y Filosofía Moral, que poco después se obtuvo por oposición. Si la proeza no hubiera estado respaldada por un cerebro de superior dotación; si allí no hubiera un temperamento poderosamente reflexivo a expensas del resto de la integralidad humana; lo menos que habría ocurrido sería el trastorno del receptáculo, impotente para digerir tamaña carga, o la airada protesta de los restantes componentes del consorcio vital, que, valiéndose de propias artes habrían tomado lo suyo, invalidando al pensamiento y a la mente de tan irritante dictadura y tan absoluta capitalización. Por todo ello hay que pensar que el temperamento, la personalidad del hombre, están hechas para eso; que no se trata de un producto de acción ambiental, sino de un caso de singular dotación unilateral, que ha permitido hacer lo que se hizo y se sigue haciendo, sin revolución interna ni estallido de la máquina, en que todo lo de otro orden ha quedado en un plano de profunda subordinación. Creo que esta misma razón es causal de la frustración del ente genial que el poderoso cerebro de Agramonte nos hubiera dado. La lógica fría y la razón pura no son matriz del genio, porque éste se nutre de lo reflexivo tramado de emoción, con lo que gana la audacia avizora y expresiva que es su propia sustancia y su modalidad activa. La mentalidad de nuestro sujeto tiene superior gravidez reflexiva, pero carece de la dosis de emoción como potencia motora, que le habría abierto el mundo de las geniales prestancias y acciones.

Agramonte es hombre dominado por una serie de complejos, puntos candentes y modales de la vida anímica que, según Jung no deben faltar, porque de lo contrario, la actividad de ese tipo abocaría a un sosiego letal y que en su caso estabilizan el tipo de la individualidad. Su complejo de superioridad, formado en función de los orígenes próceres, de la calidad superior y gestión y modos de vida intachables de sus mayores, es tan poderoso como para producirle inusitado grado de calor expositivo al juzgar las actividades revolucionarias y patrióticas del padre y la majestad femenina de la madre, calor equivalente en él a la más intensa emotividad de la persona promedio. Ese complejo le ha hecho verse y sentirse deudor en la intimidad de su ser; y le ha exigido que en la gestión autónoma se situara en plano y actitud concordante con su estirpe. El concomitante complejo de timidez,

trascendente a todos los ángulos de la personalidad, le ha dado cierta conciencia de que no lograría las magnitudes ancestrales por las vías de éstos, ni por aquellas en que la emoción juega papel definitivo. Y ambos complejos, unidos a una mentalidad poderosa y reflexiva, han conformado el complejo intelectualista que es el dominante y regulador en su vida.

El hombre tiene manifiesta dotación mental para el cultivo de las ciencias puras y resulta en cierto modo contradictorio y peculiar que su mente se canalizara más hacia lo sociológico y especulativo que hacia lo escuetamente científico, máxime si se tiene en cuenta que lo societario conduce a veces hasta la insoslayable realidad de tener que penetrar la entraña en que suele perder su perfil la autonomía de la persona y hasta a tener que impulsar tendencias y propósitos en determinadas direcciones. Pero el complejo intelectual y la moralidad profunda de su pensamiento le reclaman actitudes impositivas y le exigen ejercer autoridad reguladora, ninguna de las dos franqueables en el campo de las ciencias, por lo menos en la cuantía en que en éste lo son. De aquí que su mente no se consagre a actividades creadoras, sino que sea receptora y acumulativa para poder ser directriz. El es la estampa del erudito cabal, que penetra, sistematiza, prevé y anuncia; le está vedado a su constitución y esencia ser el sociólogo con capacidad y gusto para arrancar el rasgo o descubrir el detalle de nuestra naturaleza y espíritu gregario, pongamos por caso. Le gustaría—reflejo latente del alma de Nietzsche que colegimos en él—tener poder en la nación, no para envanecerse de altura ni atiborrarse de gloria, sino para revalorizar nuestros principios morales, impulsar reformas saludables, fraguar conciencia de más nobles contenidos y análogas cosas que la serenidad avizora de su pensamiento le viene diciendo que más que urgentes nos son indispensables y esenciales. Y ese es el secreto de que a pesar de saberse carente de aura popular y de fibra de multitudinario conductor, haya bajado a la arena pública, no en busca de cargos ni apeteente de medros, si en demanda de alianza influyente con quien encarne el poder, para satisfacer así su ansia íntima de dictar doctrina, normas y principios, que de otro modo no ganarían vigencia ni desde otra plataforma tendían virtualidad. Sustituirá él y me imagino que la perspectiva le complace y subyuga—en los veni-

deros días de su más plena madurez, a Varona, como representativo de nuestro pensamiento epocal. Y me atrevo a presumir que esa gloria, entrevista y ansiada, le tienta más que todas las restantes que su vida de hombre público o la devoción de su pueblo le pudieran otorgar. Como demostración de que es inadaptado al momento histórico, de que rechaza el clima moral ambiente; de que sólo se identifica con su pensamiento depurado y de que es alérgico al materialismo y miedo de esta hora, se complace en renunciar posiciones y cargos distinguidos—cuando es incompatible el desempeño de éstos con su conciencia— y creo que su orgullo más alto es que se conozca y divulgue el gesto.

Las relaciones con la compañera nos luce que son más devotas de lo que el esquematizado aparenta. En un momento, al largo de la charla, el profesor afirmó que había tenido "novias"... Perdonémos esta expansión, doctor; no tuvieron sus palabras sonido confesional; tuvieron eco de simple manifestación expresiva, coloreada por un poco de preocupación y honrilla masculina. Lo que nosotros pensamos es que en esa vida el amor penetró sorpresivamente al largo de un prolongado intercambio identificatorio con la compañera de hoy, que entonces fué la verdadera novia como ahora es la dueña única de todas sus devociones. Y para no citar otras razones abonantes, digamos que el cortejar persecutorio, que es la demanda de amor, reclama, entre otras cosas, tiempo y disposición que no han sobrado cuando a la edad de veintitrés años se han invertido más de diecisiete en función de galeote intelectual, encadenado a los libros y al estudio.

En la orientación de la vida interna del hogar, también a contrapelo con la impresión recogida, nos parece que la esposa del profesor, que además de inteligente disfruta de temperamento más activo, es el factor práctico calado de humanas preocupaciones, que consagra la más decisiva energía a tales menesteres, y nos parece que

una de las gratitudes del doctor hacia la esposa es la de saberse descargado de cuestiones y problemas que, aparte de no interesarle, serían lastre para la claridad de su pensamiento y su consagración laboriosa. En el fondo de su alma él la sabe complemento y enlace entre lo terreno y material del mundo y lo deshumanizado y abstracto que en él alienta.

La suma de estos rasgos, mejor o peor expuestos, tratan de explicar la categoría de este hombre tan distinto, que rechaza los deportes, que descubre pocas vivencias emocionales al contacto con lo artístico, que aún en el decir es lento y parco y que sólo en el pensar y el escribir y en el acercarse a la naturaleza por la ventana del mar, encuentra ecos de complacencia de su verdadero yo.

Agramonte es uno de nuestros más altos y depurados valores de carácter; es uno de los hombres de más íntegra moral de la hora; es una de las mentalidades mejor dotadas con que cuenta el país, y es uno de los cerebros mejor organizados de la presente promoción intelectual. Por el momento, sus perfiles más destacados son la inadaptación, la falta de balance humano y el superador y tesonero esfuerzo silente y discreto; pero vendrá el día en que calibrado a mayor distancia, con más exacta perspectiva, tendremos que individualizarlo en valoración representativa de la época, tanto más notable cuanto que su valimiento tendrá más relieve sobre el pantano de lo innoble y desquiciante que confunde y amarga la existencia de la humanidad en este momento histórico. Y acaso entonces, por ironía de las cosas, cobre su máximo prestigio profesoral y gane alcurnia de líder y conductor espiritual de un pueblo.

*AM, Sep 12/48*